

Tras las huellas de José Félix Fuenmayor*

Mary Carmen Sánchez Ambriz
Periodista mexicana

Los cuentos de Fuenmayor (Barranquilla, Colombia, 1885-1966) son, como dicen que era el propio José Félix, sencillos, espontáneos; en ocasiones bondadosos y, en otras, irónicos al mostrar los sinsabores de la vida. Fuenmayor pertenece a la estirpe de creadores que se convirtieron en inquietantes testigos de su época. Forman parte de su linaje autores como José Eustasio Rivera, Luis Carlos López, Porfirio Barba Jacob y León de Greiff, por citar cuatro figuras antagónicas. En él encarna una conciencia radical y profunda de las esperanzas, contradicciones e incertidumbres de nuestro tiempo. Quienes llegaron a tener contacto con Fuenmayor sintetizan su vida y obra en un telegrama: "Poeta, extraordinaria persona, buen contralor, espléndido narrador".

José Félix Fuenmayor es un cuentista tradicional y, a la vez, moderno. Su modernidad deriva sustancialmente de dos factores: un estilo definido, austero, que no desconoce los recursos de la imaginería contemporánea. En él es posible percibir una visión desolada y lúcida, devastada y reflexiva que se vierte en el contenido esencial de sus textos. De este modo surgen relatos intensos en los que paisajes y personajes, ambientes y criaturas, exhiben el dolor que, en apariencia, ocultan bajo su epidermis. Los seres que habitan en su literatura están teñidos de bondad e ingenuidad, pero también de pena y dolor.

Al adentrarse en las páginas de *La muerte en la calle*, acaso se tiene la sensación de estar progresando en una novela, mas no en capítulos independientes. En ningún momento resulta aventurado pensar que esta selección de cuentos escritos por Fuenmayor se origina en una poética en la que la transfiguración de la realidad extratextual —la alegre y nostálgica Barranquilla, la ciudad que sabe cantar y con el yunque martillar— cumple un papel esencial. Esta relación es la que asegura la profunda intención que late —de principio a fin— en estas páginas. Hay en el escritor de Barranquilla una veta nada desdeñable de narrador colectivo, de cronista, de contador de fábulas que se asientan en una memoria comunitaria. De ahí que su obra, nutrida de materiales orales, legendarios y regionales, sea necesaria para comprender los orígenes de la literatura de Gabriel García Márquez.

Alfonso Fuenmayor recuerda lo siguiente en el prólogo de *Cosme* (Carlos Valencia Editores, 1979): "Puse en manos de Juan Bosch, expresidente de República Dominicana, un ejemplar de *La muerte en la calle*. Abrió al azar el libro y se quedó unos minutos leyendo. (...) preguntó los años en que fueron escritos esos cuentos. Al serle proporcionada la información que solicitó, el profesor Juan Bosch cerró el libro y, a manera de comentario pero también como si sintiera alivio en algo que venía

* Este texto forma parte del libro inédito sobre José Félix Fuenmayor, realizado con el apoyo del Programa de Residencias Artísticas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y del Ministerio de Cultura de Colombia.

preocupándolo, dijo: ‘Ahora sé de dónde proviene García Márquez’.

Y es el propio García Márquez (*El Heraldo* de Barranquilla, mayo de 1950), en su columna “La Jirafa” firmada con el seudónimo de Séptimus —personaje de Virginia Woolf—, quien menciona a Fuenmayor como su maestro:

“Eran unos tiempos raros en que todo el mundo se ayudaba, de palabra o de obra, en la Barranquilla libre y liberal de los años cincuenta. Un grupo de amigos nos reuníamos en un café de futbolistas del viejo centro comercial, donde nos enseñábamos a leer y a escribir los unos a los otros. Apenas pasábamos los veinte años, pero teníamos mucho que ver con la orientación de los periódicos y la vida cultural de la ciudad (...) Ahora me doy cuenta de que José Félix Fuenmayor era quizás el más joven de nosotros a pesar de sus sesenta y cinco años. Llegaba casi en puntillas los días menos pensados, como si sólo fuera a tomarse una cerveza, pero siempre tiraba en la mesa la granada de fragmentación de su inconformismo y su originalidad. (...) Navegaba en un remanso de sabiduría que le permitía ver el lado definitivo de las cosas. Nos hizo leer autores que repudiábamos por novelaría: Eça de Queiroz, Anatole France, Dickens. Fue el primero a quien le oímos decir que William Faulkner era un escritor del Caribe”.

Fuenmayor guía al lector a un mundo que parece perdido, a un escenario de muertos que intentan recordar, ver y descifrar lo que acontece más allá del árido terruño que no hace más que enfrentarlos con esa apabullante realidad. Los protagonistas de sus relatos son héroes cansados que se dedican a esperar el fin de sus días. Los recuerdos desfilan por la conciencia de quien aguarda, con actitud desenfadada, a la muerte. ¿No es acaso este universo similar al que describe Juan Rulfo? La mayor parte de la obra de Rulfo le concede primacía a la búsqueda; sin embargo, los personajes, en

su empeño por hallar la tierra prometida, por ir en pos de una ilusión, encuentran la miseria, la soledad, el terror y la muerte. Los seres creados por Rulfo saben que van a morir; constantemente se enfrentan a su destino que parece no modificar mucho su existencia, ya que ahora —en su calidad de almas en pena— pueden visitar a sus seres queridos las veces que lo deseen. Tanto el escritor colombiano como el mexicano se ocupan de narrar historias de gente que vive y muere sin un grito, sin grandes gestos, amando y odiando esa tierra difícil en la que un destino inmisericorde los hizo nacer. Existen varios puntos en común que unen a Fuenmayor y a Rulfo —García Márquez reconoce uno en el prólogo de *La muerte en la calle* (Alfaguara, 1994)—, pero esas concordancias podrían ser el tema de un ensayo que se aleja, en esta ocasión, del propósito de ofrecer un acercamiento a uno de los autores más notables de las letras colombianas.

La renovación narrativa de Fuenmayor dirige sus ataques a las ficciones que la sociedad bogotana había impuesto en Colombia. Sus cuentos representan una estilización literaria de esta conmoción social; por fin los sectores marginales de la sociedad dejan de ocupar un lugar pasivo y silencioso: la clase alta pierde la voz unívoca. *La muerte en la calle*, de José Félix Fuenmayor, traza un largo poema tejido con la sencillez de alma que poseen los pobres de la tierra.

Escribe Jacques Gilard en una edición de *Cuadernos del mundo hispánico y lusobrasileño*: “...la obra maestra de Fuenmayor debe mucho a los acalorados debates que sostenían entonces los miembros del Grupo Barranquilla sobre la posibilidad de crear una literatura regional en sus temas y universal en sus alcances, a imagen y semejanza de las obras norteamericanas que leían y comentaban”.

La situación geográfica de Barranquilla fue vital para que tuviera lugar el proceso de modernización que experimentó la región. Su

condición de puerto y la revitalización con el mundo exterior que caracteriza a Colombia a finales del siglo XX, la sitúan en una posición de ventaja con respecto a los demás sitios del interior del país, incluida Bogotá. A partir de la década de los años veinte, Barranquilla comienza a contar con una fuerte tradición cultural que tuvo un lugar privilegiado en lo que se refiere a la renovación de la narrativa colombiana. Al revisar los cuentos de Fuenmayor, es posible darse cuenta de la radical transformación ocurrida en una zona exigua de la costa atlántica de Colombia, por el auge portuario y comercial, y sus satélites sucesivos (Sabanilla, Salgar, Puerto Colombia). En el imponente proceso de urbanización de esa zona se enmarca la vida del escritor, que nace cuando Barranquilla contaba apenas con 20 mil almas, y escribe casi todas sus historias cuando aquel poblado ya se había convertido en una moderna ciudad de casi 300 mil habitantes. Los cuentos de *La muerte en la calle* abarcan una evolución de ese tipo, desde un mundo rural hasta un ámbito urbano. Como advierte el ensayista Ariel Castillo Mier, estudioso de autores originarios del caribe colombiano, en un artículo publicado en la revista *Huellas*, de la Universidad del Norte:

“Con José Félix Fuenmayor más que una especulación sobre la identidad cultural barranquillera (o nacional) asistimos a su construcción, a su forjamiento, en el nivel más adecuado en que puede hacerlo un escritor; el lenguaje, la morada de la escritura, la casa del texto (...) Si consideramos la literatura como institución y no solamente el conjunto de las obras literarias, tendremos que examinar la presencia en la literatura nacional del Grupo Barranquilla. Sin sus planteamientos y desplantes, sin sus obras y sus actos, sin su actitud vitalista frente a la literatura y su actitud literaria ante la vida, sin sus logros y sus fracasos, sin su revista *Crónica*, sin su sed de contemporaneidad, sin su anti-academicismo,

José Félix Fuenmayor
es un cuentista
tradicional y, a la vez,
moderno. Su
modernidad deriva
sustancialmente de dos
factores: un estilo
definido, austero, que
no desconoce los
recursos de la
imaginación
contemporánea.

sin su aceptación de la cultura popular, sin su reconocimiento de nuestro lenguaje, sin su indagación en las raíces de lo regional y su preocupación por las técnicas literarias modernas, sin su humor, la literatura de Colombia sería sustancialmente diferente”.

El esplendor del mítico Grupo Barranquilla puede verse como un fenómeno cultural producido, en buena parte, por el florecimiento semita de la ciudad. El grupo se organizó en aquellos tiempos áridos, y a sus integrantes los unía un nebuloso pretexto: el aceptar que vivir es ascender. Primero se reunían en el Café Colombia y, más tarde, en La Cueva. Estuvo integrado por Ramón Vinyes, José Félix Fuenmayor, Germán Vargas, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez y Alejan-

dro Obregón. El sabio catalán de *Cien años de soledad*—Vinyes— y José Félix Fuenmayor fueron los gestores de lo que podría llamarse “el auge cultural de Barranquilla”.

Cosme, “la lección de fracaso”

Existen otros títulos de Fuenmayor que despertaron poco interés entre quienes ejercían la crítica literaria en su época. Desde muy temprana edad, a los 25 años, publicó el poemario *Musa del trópico*; después, en 1927, dio a conocer la novela *Cosme*, historia que trae consigo los nuevos aires de la novela urbana en Colombia; al año siguiente editó *Una triste aventura de catorce sabios*, relato en donde explora varias facetas de la condición humana y los tiempos modernos, catalogado por el propio autor como un cuento fantástico. También está la faceta del Fuenmayor periodista que publica la columna “De mi diario” en *El Comercio*, de Barranquilla, con el seudónimo de Ciro Mota y, a veces, con el nombre de Gómez Jarab.

Fuenmayor, aunque nunca tomó en serio su papel de escritor, siempre tuvo la idea de que su novela *Cosme* sería recordada por los lectores de entonces. El crítico literario J. Argain Mateluisa, al poco tiempo de haberse dado a conocer la novela, escribió en *La prensa barranquillera* (7 de abril de 1928): “Desgraciadamente —y el señor Fuenmayor nos perdona esta franqueza— su novela se ha anticipado al medio que está destinado a juzgarle. *Cosme* no es un libro para señoritas románticas, ni para los amigos del dramote voluminoso. Hay que leerlo, a flor de líneas, tomarlo con la unción de las cosas sencillas pero importantes (...) Como iconoclasta, debemos reconocer que José Félix Fuenmayor es formidable. Sus pinturas de la señorita Dora, del comerciante Pechuga y del capitán Truco son aguafuertes que recuerdan instintivamente al maestro France”. El escritor, en esta novela, logró crear un texto de carácter irónico y carnalesco, en

el que los personajes hallan un fecundo campo para ironizar sobre la vida y burlarse del destino de sus congéneres. *Cosme* es el boceto de un antihéroe que lucha por vencer los sinsabores de mundo hostil. Fuenmayor, en su momento, apostó por esta historia; sin embargo, no fue recibida de la manera que él esperaba. Pese a todo, el resultado se traduce en toda una lección literaria de primera magnitud. ¿Acaso no creyó Cervantes que el *Persiles* era su mejor obra? ¿Por qué Joyce, tras la cumbre del *Ulises*, se ocupó de lo que creyó un libro excepcional, el intrincado laberinto de *Finnegans Wake*? ¿Cómo aquel gran autor de novelas breves —léase *Teseo*— que fue Gide no llegó a organizar del todo el único de sus libros al que calificó como novela de verdad, *Los monederos falsos*? Céline nunca superó sus dos primeras obras, como García Márquez su *Cien años de soledad*; tampoco Musil concluyó *El hombre sin atributos*, y *En busca del tiempo perdido*, pese a la apariencia, ha quedado inacabada para siempre. Cuando apareció *Pedro Páramo* transcurrieron unos cuantos años para que la crítica se diera cuenta de que Rulfo no era un simple narrador: el mundo fantasmal de la novela, la ruptura de las fronteras entre la vida y la muerte, mostraban a un escritor que había superado los cauces realistas y tradicionales de la novelística anterior. Estas “lecciones del fracaso” ilustran los caminos por los que discurre la literatura, en sus relaciones con algunos autores propositivos que la han frecuentado.

El Marqués de Tish

Para García Márquez el mundo está dividido entre los que saben contar un cuento y los que no lo saben. A la primera clasificación pertenece Fuenmayor, aquel hombre al que, por su pulcritud y elegancia en el vestir, sus amigos le apodaban *El Marqués de Tish*. En una reciente visita a Barranquilla, en donde tuve la oportunidad de conversar con algunos

de los descendientes de Fuenmayor (Félix Alberto, Elvira y Viña), pude acceder a la otra historia, esa que no está escrita en ninguna parte y que, acaso, podría titularse de la siguiente manera: “José Félix Fuenmayor, de frente y de perfil”: era hijo de don Heliodoro Fuenmayor, doctor, proveniente de una familia de Curacao, Venezuela; de estatura mediana, su musculatura marcada –sin llegar a los excesos– saltaba a la vista, como resultado de los ejercicios que practicaba diariamente en un modesto gimnasio construido por él mismo en su casa. De piel blanca, frente ancha, bigote bien recortado que apenas dejaba ver la comisura de unos labios delgados, casi insinuados. Nariz grande, recta; cabello oscuro, y cejas abundantes. El color de sus ojos representaba un verdadero enigma: eran de una tonalidad que se debatía entre el café claro y verde; unos ojos que con el tiempo le jugaron una mala partida al privarlo de la lectura –a causa de una catarata– en sus últimos años de vida. Su hijo Félix Alberto recuerda una frase de su padre: “Decía que había hecho dos grandes negocios en la vida: haberse conseguido una pensión y casarse con mi mamá, Celia Campis”.

La vida de Fuenmayor estaba dividida entre su quehacer como contralor departamental y sus pasiones: la música y la literatura. El Fuenmayor melómano tocaba el piano intentando sacar la música de una canción que había oído una sola vez, bailaba al compás de una cumbiamba y departía con sus amigos en las tertulias orquestadas por el Grupo Barranquilla.

Otra faceta, no menos fascinante, del autor barranquillero, remite a sus obsesiones, a su necesidad de desafiar la vida y sentir que su cuerpo estaba al borde del peligro: solía pedirles a unos jóvenes que le arrojaran piedras mientras caminaba sereno por una ruta que él mismo trazaba, situación descrita en varias de sus narraciones.

El periodista, actualmente director de *El Heraldo*, de Barranquilla, Juan B. Fernández-Renowitzky, recupera una descripción de Fuenmayor: “Nunca he conocido a nadie más sensible que él a todas las manifestaciones de la realidad, aun las aparentemente más insignificantes. Era formidable oírle hablar, por ejemplo, sobre los animales caseros. Recuerdo su conversación –que quizá Jules Renard habría envidiado– sobre el pelo eléctrico del gato. Y especialmente su filosofía sobre la pata de ese

La renovación narrativa de Fuenmayor dirige sus ataques a las ficciones que la sociedad bogotana había impuesto en Colombia. Sus cuentos representan una estilización literaria de esta conmoción social; por fin los sectores marginales de la sociedad dejan de ocupar un lugar pasivo y silencioso: la clase alta pierde la voz unívoca.

asombroso saltimbanqui doméstico, que tantea y se posa con tacto de terciopelo, pero con audacia de alpinista, al borde del abismo, sin caerse, sin meter nunca la pata: como debe ser la pluma de un buen escritor. Y como era la suya, estilo Anatole France, siempre incisivo y, al mismo tiempo, discreto”.

Fuenmayor, al igual que sus personajes, enfrentaba miedos salidos de la ficción, de su arte de contar historias. Cierta vez decidió alejarse de sus amigos, del bullicio barranquillero, y no salió de su casa hasta que pasaron un par de años. Esa agorafobia que sufrió se la exorcizó él mismo: su remedio fue el mar y la tranquilidad que sintió al vivir en una finca de Galapa.

El papel precursor de José Félix Fuenmayor en la narrativa colombiana se hace evidente al rastrear las polémicas en torno al cuento llevadas a cabo por los integrantes del Grupo Barranquilla. ¿Y por qué insistir en visitar la obra de Fuenmayor? Porque este autor, durante mucho tiempo, fue desconocido y casi olvidado por la crítica literaria. Como bien apunta Ramón Illán Bacca en *Escribir en Barranquilla*: “... el padre Ortega en su monumental *Historia de la literatura colombiana*, entre otros olvidos significativos, tiene el de Fuenmayor.

Y a pesar de que la *Evolución de la novela en Colombia*, de Antonio Curcio Altamar, es uno de los libros básicos sobre el tema, nuestro escritor apenas es mencionado en una ficha bibliográfica”.

Pero del *boom* latinoamericano a la fecha, el nombre de José Félix Fuenmayor es una cita obligatoria. Jacques Gilard, Raymond Williams y Ángel Rama, entre los críticos extranjeros; y Ernesto Volkening, Gustavo Bell Lemus y Julio Núñez Madachi, entre los colombianos, le han dedicado algunos estudios. Entre los “precursores, raros y *outsiders*”, lo clasificó Ángel Rama. De tal manera, Fuenmayor, según este crítico, comparte un sitio con el brasileño José Pereira Graça Araha; los argentinos Macedonio Fernández y Xul Solar; los mexicanos Julio Torri y Gilberto Owen; el ecuatoriano Pablo Palacio; y el venezolano Julio Garmendia, entre otros.

Lo cierto es que la narrativa de García Márquez, entre otras muchas cosas, ha servido para desenterrar el apellido Fuenmayor y para recordar a todos la vigencia de una frase que tuvo a bien pronunciar Álvaro Cepeda Samudio: “Todos venimos del viejo Fuenmayor”.

hojas Universitarias.....